

En recuerdo de Eduardo Bello

JOSÉ LUIS VILLACAÑAS

Universidad Complutense, Madrid

La primera vez que vi a Eduardo Bello fue el 13 del mes de octubre del año 1982. La última fue el 3 de septiembre del 2010. En la primera, Madrid, donde nos encontramos, hervía entre los últimos ecos de la reciente victoria socialista por mayoría absoluta y la multitudinaria visita de Juan Pablo II, que apenas unos días antes había sepultado la capital bajo hojas volanderas adornadas con la consigna «*Totus tuus*». Recuerdo ese clima, aturdido, esperanzado, inédito. Algo nuevo comenzaba y, como una señal, se reabrían las oposiciones a profesores adjuntos, que durante casi una década habían estado cerradas. Allí iniciamos nuestra carrera funcional, Eduardo y yo, en la misma memorable oposición junto con otros 80 profesores, cuando todavía no sabíamos que íbamos a ser compañeros un cuarto de siglo. En la última vez que estuve con él, el 3 de septiembre de 2010, retirando las últimas cosas de mi despacho en la facultad de Filosofía de Murcia, sencillamente le pregunté si estaba contento. Venía de confirmar, tras la jubilación, su estatuto de emérito por cinco años, prueba de la generosidad con que su Universidad, con su Rector al frente, le reconocía sus dilatados servicios. Lo vi eufórico, pero yo no podía evitar la melancolía de poner oficialmente punto y final a mi relación con la Universidad de Murcia. Los dos sabíamos que se iniciaba un camino nuevo para cada uno de nosotros, pero no éramos conscientes de que nos estábamos despidiendo. Sin duda, algo se acababa, para dar paso a una más de las metamorfosis de la vida. No fue así. Mi tristeza era otra cosa. Ahora veo que se trataba de un símbolo.

Entre estas dos fechas de encuentro y despedida han pasado casi treinta años, más o menos los que, según los últimos ajustes ministeriales, constituyen la vida activa profesional de una generación. Es fácil imaginar la cantidad de recuerdos que se agolpan en mi mente cuando menciono estas fechas. Casi todos estos años los hemos compartido como profesores de la Universidad de Murcia. Pero no sólo la vida de nuestra Universidad cruza veloz ante mis ojos cuando evoco este recuerdo. También se trata de la vida entera de un país y el lugar de la filosofía en su historia reciente. ¿Cómo evitar entonces un cierto balance? ¿Cómo no hacer de este final prematuro de la carrera de Eduardo un síntoma del secreto de una generación?

Nada más perturbador que los accidentes generacionales. Ortega, en ésta como en otras cosas, no estuvo muy acertado. La verdadera estructura gene-

racional es la que organiza las relaciones padres-hijos. La vida luego baraja las biografías de forma azarosa. Académicamente, por tanto, Eduardo era de mi misma generación. Aunque Eduardo era hijo de una España diferente de la mía, esto a lo sumo explicaría el azar de que pudiera iniciar su carrera algo más tarde. Para mí esos quince años, que le situaban en la más negra de las postguerras, fueron su secreto y su dolor. Nunca hablamos demasiado de ello. Los quince años que nos separaban, por eso, fueron poco significativos desde el punto de vista académico y filosófico. Y esa trayectoria, mucho más transparente ante mis ojos, con esa totalidad integral que sólo puede conferir la muerte, es la que se eleva ante mí, desde el principio hasta el final, con un valor sintomático que me da que pensar.

Sin duda, su muerte nos ha impresionado de forma especial. De ello es síntoma la necesidad de los diferentes y continuos homenajes. Es como si el recuerdo de Eduardo nos reclamara una reflexión conmovida, afectiva, que se niega a cerrar en el recuerdo el tiempo de su vida. Algo especialmente vinculante nos concierne en este asunto. Algo que nos reclama recordar y hacer balance. Quizá desde el principio. Queremos continuar nuestra vida académica, nuestra vida profesional, nuestra vida institucional, como si no pasara nada, como si habitáramos una normalidad que se inició hacia el año 1982. Pero el recuerdo de Eduardo nos impacta porque rompe esa normalidad y la deja en el mejor de los casos reducida a una inercia. Es como si hubiéramos concedido a su muerte el valor simbólico de revelarnos lo que subyace a nuestra pretendida normalidad, como si alguien, el espíritu del tiempo, la naturaleza de las cosas o algo así nos recomendara una continua despedida. No estamos en condiciones de decidir qué es lo más real. Si esa cruda realidad de un compañero que de forma fulminante nos ha dejado, o si una vida cotidiana de la filosofía institucional que parece asegurada. ¿Cuál es la naturaleza del síntoma cuando no cesamos de hacer despedidas por la muerte de Eduardo, cuál es el verdadero alcance simbólico, cuál es el objetivo de esta reflexión que nos vincula a su figura y a su muerte con una fijación que no acaba de abandonarnos? ¿Qué nos dice de nosotros mismos, los supervivientes? ¿Qué duelo estamos elaborando de verdad?

Lo diré pronto. La filosofía actual española, desde todos los puntos de vista, esa que empezó su camino en 1982, el año en que la democracia española también se puso a andar, se había vestido para otro combate, para otro destino. Eduardo también, como todos nosotros. Recuerdo sus últimas palabras: «ahora podré hacer todo lo que soñaba hacer». Se refería a que ya no tendría clases, ni reuniones, ni comisiones. Sólo trabajo filosófico. Esta estructura de la vida, vieja como el ser humano, sigue cogiéndonos por el gaznate. No es nada nuevo. La vida no se vive de verdad cuando se escinde entre realidades y sueños. Generación tras generación, los seres humanos se preparan para otro combate, no para entregar los sueños a la muerte. Esa verdad moral es muy conocida, pero no es la verdad que la muerte de Eduardo nos

quiere traer y que quizá llama a la puerta de nuestra reflexión. Se trata de máximas morales triviales. No soñemos más un futuro, no pospongamos el sueño. No esperemos disponer de las mejores condiciones para lograrlo. O lo hacemos ahora, día a día, o lo dejamos y entregamos la vida al fracaso. Eso lo sabemos. Pero la muerte de Eduardo alberga una verdad más concreta que es la que se expresa en el síntoma de los homenajes.

¿Qué pasó entonces? Sin duda, el cuerpo, el principio de la contingencia, la fragilidad. Eduardo presentó en su ejercicio de oposición, en 1982, su libro sobre Sartre y Merleau Ponty. Lo recuerdo. Lo llevaba debajo del brazo, en aquel azul característico de las publicaciones de la Universidad de Murcia. ¿Quién se acuerda hoy de Merleau, a pesar de que el significado del cuerpo, frente a todas las retóricas paternalistas y biopolíticas, todavía se materializa de forma tan brutal? No hablo de comprender la enfermedad, sino de entender nuestra profunda tristeza por este desenlace concreto. Eduardo se preocupó de mantener viva la memoria de Sartre, de Rousseau, de Rawls. ¿Dónde están ahora muchos de los que compartían este proyecto de extender la idea de una sociedad y una cultura democráticas en un país bárbaro? ¿Qué quedó de este esfuerzo de construir un pensamiento democrático apropiado, vale decir, radical? Cuando buscábamos un título para el conjunto de conferencias que él, junto con Antonio Rivera, dirigió en la Biblioteca Valenciana, encontramos éste de «La actitud ilustrada» y nos pareció que eso era lo que este país necesitaba. A mí me gustaba creer que una actitud ilustrada era lo que España necesitaba, entonces y ahora, con un partido o con otro. Una filosofía capaz de defender la actitud ilustrada, comprometida con el proceso milenario de occidente, no hoy la ética comunicativa, mañana la ética de la empresa y pasado mañana la ética del deporte, sino un compromiso firme con el proceso racionalizador del ser humano de occidente, que no ha acabado su camino por mucho que lo hayan sentenciado así Heidegger o Derrida. Cuando en el año 1986 vimos la necesidad de poner punto y final a la revista «Anuario de Filosofía», como él mismo recordaba al celebrar los 20 años de *Daimon*, y poner en marcha otra revista a la altura de los tiempos, vino como por una inspiración el nombre de la vieja voz interior de Sócrates, el dios común a todo filósofo, al que incluso obedecía a su manera el desdichado Nietzsche, el pequeño dios por el que somos un poco libres.

¿Qué fue de todo eso? ¿Dónde quedó? Debemos reconocerlo. No siempre hay coherencia entre la forma de vida de los filósofos españoles y los mandatos de ese *daimon* exigente. Sí, el *daimon* de los filósofos tiene mucho que perdonarnos, pero el perdón jamás es gratis. Nuestro estilo de pensar no es ilustrado, aunque muchas veces creamos defender contenidos ilustrados. ¿Tiene algo que ver con eso que estemos al final del sueño, personal en el caso de Eduardo, generacional en el de otros? No hemos sido conscientes de las dificultades con la ilustración y creíamos que ya éramos ilustrados y estábamos en una época ilustrada. Sólo teníamos que luchar por imponer lo que

ya estaba o debería estar claro. Habíamos sufrido, estábamos con Sartre y con Rawls, veníamos de una España humillada y dolida, ¿pero desde cuándo el sufrimiento entrega la razón a alguien? Nuestras facultades han acabado sirviendo a otros fines, no a los fines verdaderos de la filosofía y cualquiera que sepa de las dificultades de la Ilustración podría dar más de una clase sobre esos fines espurios, ilegítimos, cuya presencia es tan amplia que hace del nuestro un país tan difícil. Humboldt pensó que la verdadera ética del universitario consiste en hacer productivas científicamente unas relaciones de discusión entre colegas, incluso con hostilidad personal. Ese espíritu ilustrado no ha entrado lo suficiente en nuestra Universidad. Aquí la hostilidad personal es demasiado humana y apenas produce nada.

He conocido a algunos universitarios cínicos y a algunos más hipócritas. Pero Eduardo no era ninguna de estas dos cosas y por eso supo cooperar con gente diversa. Sabía demasiado de dónde venía, de esa pobreza y de esa dureza de la dictadura de posguerra. Alguien que tiene ese origen puede sentirse justificado, pero no puede ser un cínico y muchos de nosotros sabemos de qué hablo. Él rendía cuenta a su *daimon*, y me consta. Sin embargo, si algo he percibido sepultado en esos largos años negros que separan nuestras vidas, en esa diferencia que marca el estilo generacional de los que nacieron entre 1940, como él, y 1955 como yo, ha sido una actitud más sensible en él a las autoridades del gremio, en mí más irreverente. Quizá eso le hacía luego ser más radical en sus autoafirmaciones y por eso su héroe era Rousseau. Es verdad que Eduardo organizaba esta actitud bajo una especie de sensibilidad militante dispuesta a ayudar a todo el mundo, una virtud que le honraba. Acumuló amistades a menudo contradictorias, desde luego, pero a su manera se mostró receptivo y mediador. No siempre todos le reclamaron cosas justas. Yo lo vi sufrir por ello y eso nos volvía a unir siempre en nuestra vieja amistad. Quizá eso echamos de menos con su falta y quizá por eso nos cuesta despedirnos por entero de él.

Al parecer, el último texto que escribió lo entregó pocos días antes de su muerte a la Revista *Res Publica*. Había participado en el seminario que dedicamos a estudiar ese momento histórico de 1648 y lo hizo porque no quería romper nuestra cooperación académica. Ese día del seminario me habló de su querido Rousseau, del que me había comentado ciertos planes para celebrar su centenario, lo mismo que me había hecho llegar en algún momento la preparación de un número de *Daimon* sobre la filosofía española del que recuerdo sus palabras. También me había hablado de otras cosas que es demasiado triste compartir. Por eso resulta para mí tan consolador que la última conversación fuera luminosa y llena de alegría por su parte. Me vi profundamente reconocido en que diera por supuesto, como en verdad lo era, que estaba dispuesto a compartir su alegría.

Pero el sueño se ha roto de una forma que no puede ser ocultada. Demasiado sufrimos que no esté con nosotros. Pues lo que no podemos dejar de

pensar tras todo esto es que con Eduardo se nos va alguien que, a pesar de todo, mediaba en los conflictos, alguien que incluso en los peores momentos no rompía la sensación de pertenecer a una institución y mantenía vivos los caminos de la comunicación. Flexible, quizá hasta el exceso, siempre dio otra oportunidad. Fuera cual fuera la condición de su carácter en la que anclaba esta disposición, la usaba de manera constructiva y extrajo de ella lo mejor, lo que le hizo ser estimado de forma general en nuestra profesión. Su desaparición es desde este punto de vista simbólica, y deja más visible el triste estado de nuestras facultades, su dispersión, su soledad. El hecho de que tengamos necesidad de recordarlo y homenajearlo de manera continua es sintomática tanto de que necesitamos personas como él, como de que no las tenemos. Decir con franqueza que en general no tenemos un mejor representante de la filosofía española de mi generación, uno más característico de lo que ha sido la filosofía en los últimos treinta años, es el mejor homenaje que se me ocurre, en tanto filósofo y amigo, el único que no falta a la verdad de las cosas y hace grata su memoria, el único que se hace cargo de las dificultades con la Ilustración sin renunciar a ella, el único que a todos los que, de forma póstuma o no, entregamos la vida por esta profesión, nos coloca ante nuestras claras responsabilidades respecto a una disciplina que creemos demasiado importante en nuestra sociedad como para dilapidarla con actitudes inerciales desorganizadas y desorientadas. El único homenaje que nos permite elaborar el duelo de su pérdida de una forma no sintomática, no compulsiva, no reiterativa: no como una oportunidad de auto-afirmación, sino como un recuerdo del deber ilustrado por excelencia, el de administrar de forma productiva esa *complexio oppositorum* que es la insociable sociabilidad, la *concordia discors* o la *discordia concors*. Esto no puede ser un sueño. Si Eduardo nos quiere decir algo, es que ya para lograrlo no tenemos mucho tiempo. Él, quizá uno de los mejores dotados para llevarla a cabo, ya no nos podrá ayudar.